

KNOT

Zelynn

Traducción Autorizada -Meu-

—— Capítulo 7: Quédate ——

La cafetería de Ongsa aún se sentía cálida y familiar a finales de la mañana. La suave luz del sol se filtraba por los altos ventanales de vidrio y se derramaba sobre el pálido suelo de madera, mientras que el aroma a café recién tostado y a pasteles recién horneados flotaba suavemente en el aire. Era un olor que Phatsa conocía bien, un olor que siempre lo había hecho sentir a salvo. Y, sin embargo, incluso ahora que estaba sentado en su rincón habitual, seguía sintiendo que algo bajo su piel se negaba a calmarse. Era como si su cuerpo recordara el aroma de otra persona con demasiada claridad y, cuanto más vívido era el recuerdo, más moleestamente imposible se volvía de ignorar.

Ongsa dejó una taza de café caliente frente a él y luego se sentó al otro lado de la mesa con una expresión que era mitad alivio, mitad cansancio. Al menos, Phatsa realmente había salido a verlo. No se había quedado encerrado en la gran mansión Thewathitirat hasta marchitarse y morir. Ver que al joven aún le quedaba la energía suficiente para mostrarle al mundo una expresión de absoluto aburrimiento hizo que a Ongsa le resultara un poco más fácil respirar.

—¿Te sientes mejor?

Phatsa dejó escapar un suave suspiro por la nariz y bajó la mirada hacia el café que tenía en las manos.

—Mejor que estar sentado en su casa.

—Al menos aún puedes responder con frases completas.

—¿Qué esperabas? —murmuró Phatsa—. Me acaban de mudar a la casa de un extraño por ser la persona a la que mordió. No es como si me hubiera ido de vacaciones a un resort.

Ongsa rio por lo bajo y luego se recostó en la silla, sin dejar de mirar a Phatsa con el tipo de expresión que indicaba que sus pensamientos ya habían ido mucho más allá de la mesa que los separaba.

—Phatsa... ¿siquiera sabes con quién has terminado viviendo?

Phatsa arqueó una ceja.

—¿Un usurero de la mafia?

Ongsa dejó escapar un bufido silencioso.

—Deja de llamarlo así.

—¿De qué otra forma se supone que lo llame? ¿Futuro presidente de una empresa de desarrollo inmobiliario? —Phatsa soltó una risita seca— Suena con más estatus, seguro. Pero sigue pareciendo alguien completamente preparado para embargar las casas de la gente.

—La familia Thewathitirat no es ninguna broma —dijo Ongsa, y su voz se volvió más seria—. Esa casa es más grande de lo que crees. El apellido, la influencia, la red de contactos... y luego está el hecho de que tú...— Hizo una pausa, como si buscara una forma más amable de decirlo, pero al final lo dijo sin rodeos de todos modos.

—Eres un omega puro. Y un Alfa Verdadero como Nakhun te ha mordido.

Phatsa parpadeó una vez y luego frunció el ceño.

—Haces que suene como si fuera una especie de paquete de edición limitada.

—No estás muy lejos de la realidad.

—P' Ongsa.

—Hablo en serio. —Ongsa dio un sorbo a su café, dejó la taza y lo miró fijamente—. Ser un omega puro de por sí ya es increíblemente raro. Si a eso le sumas el hecho

de que has formado un lazo con un Alfa Verdadero como Nakhun, de repente muchas cosas se vuelven... más complicadas.

Phatsa hizo una mueca, como si le estuviera empezando a doler la cabeza de nuevo.

—¿Complicadas cómo?

Ongsa se quedó en silencio por un momento y luego respondió lentamente, como si a él mismo le disgustara la verdad de lo que estaba diciendo.

—Las probabilidades de tener un hijo que nazca como un alfa de clase S podrían ser más altas.

Phatsa se quedó completamente inmóvil. Luego, levantó la mirada de golpe.

—Espera. Un momento. Espera.

Ongsa arqueó una ceja.

—¿Qué?

—¿No fue ese un salto enorme? —Phatsa dejó su taza de inmediato—. En primer lugar, ¿quién va a tener un hijo con quién? ¿Y qué es la clase S? ¿Por qué de repente ya estamos hablando de hijos?

Ongsa dejó escapar una pequeña carcajada ante la evidente alarma en su rostro, pero continuó.

—Solo hablo de la posibilidad.

—¡Una posibilidad que se adelanta demasiado!

—Phatsa.

—No. Absolutamente no. Apenas me acabo de graduar. Ni siquiera he empezado a trabajar como es debido, ¿y ya me has arrastrado hasta el punto de tener hijos?

Esta vez Ongsa rio de verdad. Pero aun así se negó a abandonar el tema. Inclinando ligeramente la cabeza, continuó con un tono que se esforzaba mucho por sonar académico, a pesar de que el contenido en sí sonaba como algo garantizado para hacer que la persona frente a él quisiera golpearse la cabeza contra la mesa.

—No es solo la clase S.

Phatsa lo miró con sospecha instantánea.

—¿Hay más?

—Enigma.

Phatsa se congeló por un instante. Luego, frunció el ceño.

—¿Qué?

—Enigma —repitió Ongsa con calma—. Una especie, o clasificación, considerada extraordinaria. La gente ha hablado de ello en teoría durante mucho tiempo, pero nadie ha confirmado nunca que haya aparecido uno en realidad.

Phatsa se le quedó mirando por un momento, como si intentara decidir si el hombre frente a él estaba bromeando o se había escapado de algún documental sobre depredadores raros. Pero al ver que el rostro de Ongsa permanecía completamente serio, continuó escuchando a regañadientes.

—¿Y qué es un Enigma?

Ongsa dejó su taza en la mesa y respondió como un hombre que revela un conocimiento prohibido.

—Algunos dicen que, si de verdad existiera un Enigma, sus feromonas serían tan poderosas que podrían someter a ciertos grupos de alfas y forzarlos a una condición casi idéntica a la de un omega.

Phatsa se quedó helado. Y permaneció así por un momento más. Luego, dijo muy lentamente, con una expresión que hacía imposible saber si estaba más horrorizado por el contenido o por la forma en que lo había dicho:

—Estás hablando como si Nakhun y yo fuéramos perros de cría en una granja.

Ongsa hizo una pausa. Phatsa continuó con un tono aún más monótono.

—¿Entonces qué? ¿Un semental campeón emparejado con una madre rara en un millón equivale a una cría digna de premio? ¿Ese tipo de cosas?

Ongsa estalló en carcajadas y tuvo que levantarse una mano para cubrirse el rostro.

—No me refería a eso.

—Pero así es exactamente como suena.

—Estoy hablando de datos biológicos.

—¿Qué datos biológicos? Suena más a que le estás poniendo precio a perros con pedigrí.

Ongsa se rio hasta que le temblaron los hombros, luego finalmente se calmó y volvió a mirarlo, con una expresión que se había suavizado. Al ver que Phatsa todavía le estaba haciendo una mueca, dejó escapar un suspiro.

—De acuerdo. Está bien. Admito que suena mal.

—¿Mal? —repitió Phatsa—. Yo diría que suena espeluznante.

—Pero ese no es el punto. —Ongsa se inclinó un poco hacia adelante—. El punto es que tienes que ser más cuidadoso que antes. Lo que eres y lo que es Nakhun... ninguna de esas dos cosas es ordinaria.

Phatsa se quedó callado. Esta vez no discutió de inmediato. Bajó la mirada hacia el café que tenía en las manos durante un rato antes de decir finalmente, en voz baja:

—No me gusta.

Ongsa lo miró. Phatsa apretó los labios antes de continuar.

—No me gusta que, de repente, me haya convertido en una especie de objeto del que la gente habla como si fuera ganado exótico. —Soltó una carcajada seca y sin gracia—. Omega puro. Enigma. Todo empieza a sonar como si ni siquiera fuera una persona ya.

Eso hizo que Ongsa se quedara callado por un rato. Sus ojos se suavizaron visiblemente antes de que finalmente respondiera, con lentitud:

—Pero sigues siendo Phatsa.

Esa simple oración hizo que Phatsa levantara la mirada. Ongsa le dedicó una leve sonrisa.

—No importa si eres un omega puro, el alma gemela de un Alfa Verdadero o alguien con cualquier tipo de futuro imposible sobre el que la gente quiera especular... sigues siendo tú.

Algo tenso en el centro del pecho de Phatsa se aflojó un poco. No respondió de inmediato. En cambio, se limitó a levantar su café y a beber un sorbo para tragar el nudo que se le había formado en la garganta.

Cuando dejó la taza, su voz volvió a ser más firme.

—P' Ongsa.

—¿Mhm?

—No se lo digas a nadie.

Ongsa lo observó por un momento antes de preguntar en voz baja.

—¿Sobre qué?

Phatsa dejó escapar un suspiro lento.

—Que soy un omega puro.

Sus yemas hicieron girar la taza lentamente sobre la mesa mientras pensaba. Su expresión no era de puro miedo exactamente, sino la incomodidad de alguien que sabía que, si cierta información salía a la luz, se convertiría en algo mucho más grave que un simple chisme.

—No quiero que la gente me mire como si fuera aún más raro de lo que ya soy
—dijo en voz más baja—. Mi vida ya está lo bastante arruinada.

Ongsa lo miró en silencio durante un rato y luego asintió.

—No diré nada.

Phatsa levantó la mirada. Ongsa lo repitió, con más firmeza esta vez.

—Si no quieres que nadie lo sepa, entonces no se lo diré a nadie.

Esa respuesta hizo que Phatsa se quedara en silencio de nuevo por un momento antes de asentir finalmente. En realidad, nunca dio las gracias, pero la expresión de sus ojos se suavizó de todos modos.

El ambiente en la mesa volvió a calmarse gradualmente. El olor a café seguía flotando cálido en el aire. La luz del sol se desplazaba lentamente por el vidrio. A su alrededor, los clientes de la cafetería seguían con su día, ajenos a que, en un rincón tranquilo, dos personas estaban hablando de genética, feromonas, almas gemelas y futuros que sonaban demasiado imposibles para ser reales.

En cuanto a Phatsa, por supuesto, todavía le dolía la cabeza por todo. Pero al menos... sentarse allí, poder quejarse, maldecir, escuchar a Ongsa explicar cosas ridículas con un rostro demasiado serio para el tema, hizo que el mundo pareciera un poco más manejable de nuevo.

Solo un poco. Pero un poco ya era algo.

Phatsa llevaba menos de media hora empezando a respirar con mayor facilidad cuando la frágil paz que había logrado encontrar le fue arrebatada abruptamente de nuevo.

La calma de estar sentado en la cafetería, bebiendo café y quejándose con Ongsa como una persona normal apenas se había instalado en su pecho cuando la realidad apareció para reclamarlo.

Un hombre alto de traje oscuro entró en la cafetería con movimientos perfectamente educados e impecablemente controlados. De no ser por el hecho de que su rostro era demasiado inexpresivo para pertenecer a un ser humano normal y por el hecho de que se mantenía tan erguido como si lo hubieran entrenado con una regla atada a la columna, podría haber pasado por un cliente ordinario que solo pasaba a tomar un café.

Pero Phatsa lo reconoció de inmediato. Era uno de los guardaespaldas de Nakhun. Y solo verlo fue suficiente para hacer florecer un dolor de cabeza detrás de sus ojos.

El hombre se detuvo junto a la mesa, inclinó ligeramente la cabeza y dijo con una voz tan educada que resultaba casi imposible objetar:

—¿Cuándo regresará, Khun Phatsa?

Phatsa levantó la mirada lentamente. Su primera reacción no fue de sorpresa, sino más bien de un cansancio profundo calado en los huesos, que le daba ganas de dejar caer la frente sobre la mesa y quedarse ahí.

—Más tarde.

La respuesta fue cortante, tan cortante que no dejaba absolutamente ningún margen para más preguntas. Pero el hombre se limitó a asentir con calma, como si hubiera esperado exactamente ese tipo de respuesta. No insistió. No discutió. Simplemente se hizo a un lado y se colocó en un rincón de la

cafetería, sacando su teléfono en silencio y tecleando algo con la misma cara inexpresiva.

Phatsa observó la escena y casi quiso agarrarse las sienes.

—¿Lo ves? —se quejó débilmente con Ongsa—. Te lo dije. Me siento menos como alguien que salió a tomar un café y más como un prisionero en un recreo supervisado.

Ongsa se rió suavemente y echó un vistazo hacia el guardaespaldas.

—Al menos lo preguntó amablemente.

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que viniera y me agarrara del cuello en medio de la tienda?

—Bueno, eres el futuro cónyuge del primer heredero de la familia Thewathitirat. Probablemente teme que la esposa de su jefe pueda desaparecer. Por eso envió a alguien a vigilarte.

—¡P! Ongsa! ¿Qué clase de tontería es esa?

—Es la verdad. ¿O acaso te ha estado cuidando mal?

Phatsa chasqueó la lengua con irritación, luego levantó su café y bebió de nuevo por puro desafío. Había pensado que ir a sentarse con Ongsa por fin le permitiría respirar. En cambio, al poco tiempo, uno de los hombres de Nakhun estaba haciendo guardia como si tuviera miedo de que Phatsa pudiera cavar un túnel para escapar por la pared trasera.

Y no mucho después de eso, la situación de alguna manera se volvió aún más agotadora.

La pequeña campana sobre la puerta tintineó suavemente, y Nakhin entró en la cafetería con un aire de ridícula tranquilidad, como si no tuviera idea de que estaba a punto de convertirse en la más reciente fuente de caos en la vida de alguien. Estaba tan bien vestido como siempre, con el rostro radiante y exasperantemente alegre, pareciendo absurdamente inadecuado para alguien que claramente había venido a "recuperar" a una persona y llevársela a casa. Y lo

peor de todo es que llevaba el tipo de sonrisa que lo hacía parecer como si simplemente hubiera entrado por diversión.

Pero la primera persona cuya expresión cambió no fue Phatsa.

Fue Ongsa.

En el momento en que vio entrar a Nakhin, Ongsa flaqueó visiblemente. La mano que sostenía su café se congeló en el aire por una breve fracción de segundo antes de apartar la mirada apresuradamente y removerse en su asiento, como si deseara con todas sus fuerzas fundirse con el respaldo y desaparecer.

Phatsa notó eso de inmediato y arqueó una ceja. Apenas había empezado a cuestionárselo en su propia mente cuando Nakhin llegó a la mesa.

—Hola.

Esa voz era demasiado alegre para la situación. Phatsa frunció los labios de inmediato.

—Llegaste rápido.

La sonrisa de Nakhin se ensanchó un poco, como si le pareciera que el sarcasmo era más entrañable que amenazante.

—Bueno, por supuesto que sí.

—¿Por qué?

—Porque vine a llevar a mi cuñada a casa.

La palabra *cuñada* casi hizo que Phatsa se atragantara con su café. Dejó la taza de inmediato y lo miró con incredulidad.

—No me llames así.

Nakhin arqueó una ceja, sin borrar esa expresión exasperantemente inocente.

—¿Por qué no? Eres el futuro amante de mi hermano, ¿verdad?

—¿Quién dice que soy el futuro de nada?

—¿Oh? —Nakhin parecía genuinamente perplejo—. ¿Entonces debería llamarte cuñado en su lugar?

Phatsa se quedó paralizado por un segundo entero.

A su lado, Ongsa casi tosió hasta morir. En la esquina, el guardaespaldas de alguna manera se las arregló para parecer que no había escuchado absolutamente nada de esto, aunque no había forma de que estuviera sordo.

Phatsa se giró lentamente para mirar a Nakhin, como un hombre que usa cada onza de autocontrol en su cuerpo para no saltar por encima de la mesa y estrangularlo en público.

—¿Te estás burlando de mí?

Nakhin sonrió con pura inocencia.

—Solo digo la verdad.

—¿Dónde está la verdad en algo de eso?

—Bueno, si no te gusta la palabra cuñada, entonces solo queda una alternativa, ¿no?

Phatsa lo señaló directamente con un dedo.

—Deja de hablar. Ahora mismo.

—Está bien. —Nakhin accedió con tanta facilidad que Phatsa casi se quedó atascado por un segundo. Pero luego continuó, con ligereza—: Entonces solo te llamaré por tu nombre por ahora.

Phatsa entrecerró los ojos con recelo.

—¿Y cómo vas a llamarme exactamente?

Nakhin inclinó la cabeza como si pensara seriamente antes de responder sin la más mínima prisa.

—P'... Phatsa.

Eso debería haber sonado mejor, ¿no? Y sin embargo, seguía siendo desesperante. Porque nada en el tono de Nakhin sonaba como una verdadera rendición. Sonaba más como si simplemente hubiera cambiado de campo de batalla por el momento.

Phatsa soltó un pesado suspiro y apoyó la frente contra el borde de su taza de café.

—Odio a tu familia.

Nakhin rio de inmediato.

—A mi hermano Nakhun se le rompería el corazón.

—Bien.

—Pero a Madre le agradas.

Eso hizo que Phatsa dudara, solo por un momento, antes de apartar el rostro, como si no estuviera dispuesto a dejar que nadie viera cómo se ablandaba con tanta facilidad hacia cualquiera en esa casa.

—Tu madre no cuenta —murmuró por lo bajo.

Nakhin lo observó, y la curva de su boca se acentuó un poco más, como si estuviera cada vez más seguro de que la persona frente a él no era ni de lejos tan aterradora como le gustaba fingir.

Al otro lado de la mesa, Ongsa seguía demasiado callado. Desde que Nakhin había entrado, apenas había hablado. Normalmente, si Phatsa necesitaba

que lo defendieran, ya se habría metido en la conversación a estas alturas. Pero en ese momento, estaba mirando fijamente su café con una concentración poco natural, como si la respuesta a su vida de alguna manera pudiera estar flotando dentro de él.

Phatsa también se dio cuenta de eso. Esta vez estaba seguro de que algo no encajaba. Pero como no había oportunidad de preguntar, se guardó la sospecha para sí mismo.

Nakhin, tal vez consciente de que demasiadas bromas realmente podrían hacer que Phatsa saliera corriendo, finalmente bajó el nivel de picardía y dejó que su voz se volviera un poco más seria.

—Vamos a casa.

Phatsa hizo un puchero de inmediato.

—Aún no quiero volver.

—Pero mi hermano quiere que vuelvas.

—No pregunté qué es lo que él quiere.

Nakhin asintió como si lo entendiera a la perfección.

—Pero a mí me enviaron a recogerte.

—De verdad obedeces a tu hermano como un *golden retriever*.

—Gracias.

—¡Eso no fue un cumplido!

—Pero puedo tomarlo como tal. Los *golden retrievers* son adorables.

En ese punto, a Phatsa se le acabaron las fuerzas para discutir. Se dejó caer de nuevo en su silla y cerró los ojos por un momento, como un hombre que por fin se da cuenta de que pelear verbalmente con Nakhin era un desperdicio absoluto de energía. Mientras tanto, Nakhin simplemente se quedó sentado esperando, tranquilo y sin prisas, con la silenciosa confianza de alguien que ya sabía que Phatsa acabaría cediendo tarde o temprano.

Porque, por muy molesto que pareciera Phatsa ahora, al final regresaría.

No porque hubiera perdido contra Nakhin... sino porque alguien lo estaba esperando en esa casa.

Y esa era una verdad que el propio Phatsa aún no tenía ninguna intención de admitir en voz alta.

Sila apareció en la entrada de la sala de estar justo cuando Phatsa volvió a entrar en la casa.

No parecía tener prisa en lo más mínimo. Se mantenía tan erguido como siempre, tranquilo e impecablemente educado, como si todos los asuntos del mundo merecieran ser informados exactamente con el mismo tono, ya fuera una reunión de negocios, noticias de la empresa o el regreso de alguien que se había escapado para tomar un café y había sido escoltado de vuelta a casa.

—Khun Nakhun. Khun Phatsa ha regresado.

Phatsa, al escuchar eso con sus propios oídos, hizo un puchero de inmediato.

—Gracias por el anuncio. Estoy profundamente conmovido.

Sila ni siquiera parpadeó. Simplemente inclinó la cabeza en reconocimiento al sarcasmo, como si hubiera sobrevivido a cosas mucho peores en su vida, y retrocedió en silencio a su posición.

Un momento después, Nakhun bajó las escaleras.

Todavía vestía una camisa bien ajustada y pantalones oscuros, con los botones de los puños ligeramente aflojados, como si acabara de volver del trabajo o apenas hubiera escapado de una pila de documentos. Su expresión ya no era tan fría como cuando se conocieron, pero seguía irradiando esa misma quietud silenciosa que hacía que la gente sintiera que estaba parada frente a un muro de concreto reforzado..

En el instante en que vio a Phatsa parado allí de verdad, la oscuridad en sus ojos se atenuó en una mínima fracción, tan leve que era casi imposible de captar. Como si un peso que hubiera estado cargando todo el día hubiera sido soltado, al menos por el momento.

—Regresaste.

Phatsa encontró el tono profundamente irritante. Lo hacía sonar menos como alguien que había salido unas horas y más como un niño perdido que acababa de ser recuperado.

—Mm —respondió secamente, antes de murmurar— ¿Lo ves? No desaparecí.

Nakhun no respondió. Solo lo miró por un momento antes de decir con voz neutra—Ven arriba.

Phatsa frunció el ceño de inmediato.

—¿Por qué?

—Voy a mostrarte tu habitación.

Esa respuesta lo hizo detenerse. Él ya sabía, por supuesto, que probablemente lo mantendrían allí un tiempo más. Aun así, escuchar las palabras *mostrarte tu habitación* pronunciadas con tanta claridad hizo que todo se sintiera más real.

No discutió, no de inmediato. Así que siguió a Nakhun por las escaleras en un estado a medio camino entre la renuencia y la resignación. El pasillo del

segundo piso era tan silencioso y espacioso como todo lo demás en esa casa. El pulido suelo de madera se veía tan inmaculado que casi parecía de mala educación pisarlo con demasiada fuerza. Paredes pálidas, pinturas cuidadosamente seleccionadas; cada detalle era lo suficientemente costoso como para sentirse muy alejado del tipo de vida a la que Phatsa estaba acostumbrado. Mientras caminaba detrás de Nakhun, se descubrió pensando que, si siquiera respiraba demasiado fuerte, la casa podría darse la vuelta y corregirle los modales.

Por fin, Nakhun se detuvo frente a una puerta y la empujó para abrirla. La habitación del otro lado era enorme, demasiado enorme para pertenecer a alguien común. Una cama grande se alzaba en el centro, con sábanas suaves y perfectamente tendidas. Las cortinas oscuras habían sido descorridas para permitir que la luz del atardecer se derramara sobre el piso pulido. La habitación olía a limpio, pero por debajo de eso, flotaba el rastro inconfundible de humo y whisky que pertenecía a Nakhun, y Phatsa sintió de inmediato que se le secaba la boca de una manera que le resultó intensamente irritante

Nakhun se giró hacia él.

—Te quedarás aquí a partir de ahora.

Phatsa se quedó en silencio por un instante antes de señalar con recelo hacia la enorme cama.

—Espera. ¿Esta habitación?

—Sí.

—¿La tuya?

—Sí.

Phatsa parpadeó una vez, y luego dijo de inmediato: —Dormiré por separado.

Nakhun respondió tan rápido que era obvio que la negativa ya había sido decidida.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque dije que no.

Phatsa se quedó boquiabierto por un segundo, luego volvió a fruncir el ceño, con la irritación burbujeando de vuelta a la superficie.

—Te das cuenta de que sueñas extremadamente dictatorial, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y no tienes intención de mejorar eso?

—No.

Esa respuesta breve hizo que Phatsa quisiera arrebatarse la almohada más cercana y tirársela a la cara. Echó un vistazo por la habitación como si buscara una ruta de escape, y luego se volvió con una determinación renovada.

—Voy a dormir en otra habitación.

—No puedes dormir solo en este momento.

—Ahí está de nuevo —murmuró Phatsa con una risa sin gracia—. A estas alturas podría recitar esa frase en mis sueños.

Nakhun no se acercó. Simplemente se quedó donde estaba, pero su mirada era lo suficientemente firme como para dejar inequívocamente claro que no estaba bromeando.

—Si pasa algo en medio de la noche, necesito saberlo de inmediato.

Eso hizo que Phatsa vacilara por un solo segundo. Una parte de él todavía quería discutir esto a muerte, pero su cuerpo recordaba la noche anterior demasiado bien como para fingir de verdad que nada de eso importaba.

Así que, al final, todo lo que pudo hacer fue apretar los labios y responder en voz un poco más baja:

—Es raro.

—¿El qué?

—Dormir en la misma habitación que alguien que... —Se detuvo un segundo, todavía sin acostumbrarse a decir nada de eso en voz alta—. Alguien con quien acabo de... pasar por todo eso. Es raro.

Nakhun lo miró por un momento antes de responder con ecuanimidad:
—No ha habido nada de normal en todo esto desde que te traje a esta casa.

Eso dejó a Phatsa mirándolo fijamente, sin palabras por un momento. Era demasiado cierto. Y exasperantemente difícil de refutar. Al final, solo pudo dejar escapar un largo suspiro y murmurar por lo bajo:

—Mi vida está oficialmente arruinada...

Nakhun lo escuchó, pero no dijo nada en respuesta. Simplemente se volvió hacia la puerta y llamó:

—Ai.

Un momento después, un joven entró en la habitación con movimientos suaves y serenos. Estaba pulcramente vestido, era de hombros anchos y claramente fuerte, de esa forma propia de alguien que ha sido entrenado durante años. Su mirada era afilada, pero no demasiado severa. Saludó primero a Nakhun, luego se volvió y asintió respetuosamente hacia Phatsa.

—Hola, Khun Phatsa.

Nakhun lo miró levemente.

—Ai es uno de mis guardaespaldas.

Phatsa parpadeó.

—¿Otro más?

—Sí.

—¿Acaso tu casa mantiene a toda la división de seguridad arriba o qué?

Ai se mantuvo profesionalmente quieto, aunque algo en su expresión casi tembló. Nakhun, mientras tanto, respondió con la misma calma inexpresiva de siempre:

—Ai cuidará de ti de ahora en adelante.

Phatsa entrecerró los ojos de inmediato.

—¿En qué sentido?

—Si necesitas algo, díselo a Ai.

Ai tomó la palabra con fluidez. —Si hay algo que necesite, o algo con lo que le gustaría que le ayudara, solo avíseme. Yo me encargaré. Si requiere más coordinación, se lo informaré a Khun Sila.

Phatsa hizo una pausa, y luego preguntó con la profunda seriedad de un hombre que intenta comprender su propio destino.

—Espera. ¿Me mudé a una casa o entré en el programa de protección de testigos?

Ai apretó los labios. Nakhun respondió de inmediato.

—Eso depende de cómo elijas pensar sobre ello.

—Decido pensar que es aterrador.

—Te acostumbrarás.

Phatsa se giró para fulminarlo con la mirada.

—Estás terriblemente seguro de que no me escaparé.

—¿A dónde correrías?

—De vuelta a mi vida normal.

—Tu vida normal está aquí ahora.

Eso hizo pausar a Phatsa de nuevo. No era una frase dulce. En todo caso, se inclinaba hacia un control agresivo. Y, sin embargo, moleestamente, aún así hizo que su corazón diera un pequeño vuelco.

Se apartó de inmediato y se dirigió a Ai en su lugar.

—¿Y si quiero café?

—Puedo conseguírselo.

—¿Y si tengo hambre a medianoche?

—Dígamelo.

—¿Y si quiero almohadas extra?

—Se las traeré.

Phatsa asintió lentamente, como alguien que pone a prueba los límites de un sistema de servicio inusual, y luego se volvió de nuevo hacia Nakhun.

—¿Y si quiero dormir solo?

Nakhun respondió al instante.

—No.

Phatsa cerró los ojos lentamente, como un hombre demasiado cansado incluso para decidir por dónde empezar a quejarse. A un lado de la habitación, Ai tuvo que bajar la mirada para ocultar su expresión.

Por un momento, el silencio se instaló de nuevo. Luego, Phatsa murmuró, más para sí mismo que para cualquier otra persona:

—Entonces, en resumen, puedo pedir cualquier cosa, excepto lo único que realmente quiero.

Esta vez, el hombro de Ai se contrajo muy levemente. Nakhun, mientras tanto, permaneció inmóvil, aunque sus ojos se suavizaron.

—En todo lo demás, cederé. —Habló despacio y miró directamente a Phatsa—Pero no en esto.

Phatsa le sostuvo la mirada por un momento antes de finalmente exhalar de nuevo, mitad rendición, mitad irritación, y darse la vuelta para contemplar la habitación en silencio.

Como mínimo, ahora entendía que en esta casa Sila estaba para vigilar, Ai para ocuparse de las cosas prácticas y Nakhun para ser irrazonable de una manera sumamente personal.

Ese pensamiento hizo que la cabeza le doliera aún más.

Aun así... y pese a todo lo demás, el lugar se transformaba lentamente en un hogar donde, de forma gradual, aparecía gente junto a la que, al menos, le era posible aprender a respirar con tranquilidad.

Phatsa se quedó en el medio de la habitación con los brazos cruzados, recorriendo todo con la mirada, como si aún no hubiera decidido exactamente cómo debía sentirse respecto a ese arreglo. La situación se había asentado en un estado irritantemente difícil de definir: En algún punto entre estar secuestrado y ser demasiado bien cuidado. Miró a Ai, que estaba de pie pulcramente junto a la puerta, luego a Nakhun, que todavía se comportaba como un muro de concreto reforzado con forma humana, y finalmente dejó escapar un pequeño suspiro cuando se le ocurrió algo importante.

—Quiero trabajar.

Eso hizo que Nakhun se volviera hacia él de inmediato. No le pidió que lo repitiera. Ni siquiera pareció especialmente sorprendido. Simplemente respondió con el mismo tono corto y plano, como si en realidad no hubiera ninguna pregunta allí en absoluto.

—No lo necesitas.

Phatsa hizo una pausa y luego frunció el ceño de inmediato.

—¿Qué?

—Dije que no lo necesitas —respondió Nakhun de manera ecuánime—. Quédate quieto por ahora.

Phatsa lo miró con incredulidad.

—¿Que me quede quieto?

—Sí.

—Lo dices como si fuera fácil.

—Lo es.

Esta vez Phatsa soltó una risa seca, volviendo a irritarse. Cruzó la habitación y se dejó caer en el borde de la cama antes de mirarlo con total incredulidad.

—Ya me gradué.

—Lo sé.

—Y quiero trabajar.

—Lo sé.

—¿Y aún así me dices que simplemente me quede sentado?

Nakhun lo miró por un momento antes de responder con esa misma voz calmada: —No necesitas trabajar en este momento.

Eso hizo que Phatsa entrecerrara los ojos de inmediato. Odiaba ese tono; ese tono que sonaba como si Nakhun ya había pensado absolutamente todo por él, y alcanzando una cómoda resolución sobre lo que hacía falta o no sin molestarse en consultarle en absoluto.

—Pero yo sí.

Nakhun arqueó una ceja levemente.

—¿Cómo así?

—Porque si me obligas a sentarme a no hacer nada como ahora, me marchitaré y moriré.

Esa respuesta hizo que Ai bajara un poco la mirada junto a la puerta, como si intentara no revelar demasiado. Nakhun permaneció quieto, aunque el enfoque de sus ojos se agudizó.

Una vez que Phatsa empezó, no hizo más que continuar.

—No me gradué solo para sentarme aquí a comer, dormir y deambular por tu casa todo el día —dijo lenta y claramente, como si le preocupara que, de alguna manera, Nakhun no lograra entenderlo—. Quiero intentar hacer algo por mi cuenta. Quiero estar cansado por culpa del trabajo. Quiero estar confundido por el trabajo. Quiero quejarme de mi jefe. Quiero llegar a casa y sentir que realmente estoy vivo como todos los demás, no sentarme aquí siendo una especie de...— Hizo una pausa antes de murmurar, con evidente fastidio consigo mismo—... canario en una jaula de oro.

La boca de Ai tembló ligeramente esta vez, aunque se recuperó con rapidez. Nakhun, por su parte, se quedó callado. No le replicó de inmediato. Simplemente se quedó mirándolo, como si estuviera sopesando algo en su mente.

Al ver que no llegaba ninguna respuesta, Phatsa presionó más.

—Sé que no puedo ir a ninguna parte libremente en este momento —dijo, con voz más suave pero aún firme—. Pero si tengo que quedarme aquí, entonces quiero hacer algo. De lo contrario, realmente me volveré loco.

Siguió otro silencio.

El aire fresco recorría la amplia habitación, agitando las cortinas de forma casi imperceptible. Ai permanecía en su puesto. Nakhun estaba tan quieto que era imposible saber con exactitud qué estaba pensando. Y entonces, por fin, habló.

—Entonces ayúdame con mi trabajo.

Phatsa parpadeó.

—¿Qué?

—Quieres trabajar, ¿no? —respondió Nakhun con serenidad—. Entonces ven a ayudar con los proyectos de desarrollo inmobiliario que estoy manejando.

Esta vez, Phatsa se quedó verdaderamente inmóvil. Lo miró durante varios largos segundos, como si intentara determinar si aquello era una burla, sarcasmo o una oferta real. Pero no importaba cómo lo mirara, la expresión de Nakhun seguía siendo completamente seria.

—Espera. —Phatsa levantó una mano para detenerlo—. ¿Hablas en serio al ofrecerme un trabajo contigo?

—Sí.

—¿A pesar de que literalmente me acabas de decir que no necesitaba trabajar?

—Para ser honesto, sigo sin querer que lo hagas. Preferiría que te quedaras quieto.

—¿Y qué pasa ahora entonces?

—Quieres trabajar. Y si no te doy nada que hacer, vas a empezar a causar problemas en su lugar.

Phatsa lo fulminó con la mirada, indignado, durante un segundo entero; luego agarró una almohada y se la arrojó.

—¡Yo no soy así!

Nakhun la atrapó, por supuesto, sin ningún esfuerzo visible.

—Entonces Pruébalo.

—De verdad eres...

Phatsa se detuvo a mitad de la frase, porque, de forma exasperante, en realidad no podía refutar eso. Era indignante. Pero también valía la pena pensarlo.

Acababa de decir que quería hacer algo por sí mismo. Ahora que Nakhun le había ofrecido una manera de hacerlo, ¿qué razón tenía para negarse? ¿Porque

estaba irritado? ¿Porque se trataba de Nakhun? ¿O porque, en el fondo, todavía no estaba seguro de confiar en sí mismo?

Phatsa apretó ligeramente los labios antes de preguntar con cautela.

—¿Y con qué te ayudaría exactamente?

Nakhun volvió a dejar la almohada en su sitio con cuidado antes de responder.

—Comenzarás con trabajos más simples. Revisar documentos básicos. Coordinar las agendas. Comprobar la información de los proyectos. Cosas que no requieran que estés demasiado expuesto en primera línea.

Phatsa escuchó, y luego arqueó una ceja.

—Eso suena como a un secretario.

—No exactamente.

—Entonces asistente.

—Algo parecido a eso.

—O sea, básicamente un asistente.

Nakhun lo miró por un momento antes de responder.

—Si así es como quieres llamarlo, entonces bien.

Phatsa se quedó sentado pensando por un momento más, y esta vez lo estaba considerando de verdad. Ya no estaba simplemente haciendo pucheros para impresionar. Podía notar que Nakhun no bromeaba y, lo más importante, parecía sincero al querer dejarlo intentarlo, y no simplemente lanzarle tareas sin sentido para mantenerlo ocupado.

Eso solo hizo que todo fuera aún más extraño.

Porque a este hombre le gustaba dar órdenes. Le gustaba decidir cosas por los demás. Le gustaba actuar como si supiera qué era lo mejor en cada situación. Y, sin embargo, en ciertos momentos, también parecía capaz de hacerle espacio a Phatsa de formas inesperadamente reales.

Phatsa levantó la mirada hacia él.

—¿Y si arruino algo?

—Lo arreglamos.

—¿Y si soy lento?

—Entonces te apuraré.

—¿Y si soy terco contigo en el trabajo?

Nakhun se quedó en silencio durante medio segundo y luego respondió con un tono tan tranquilo que resultó aún más irritante.

—Ya haces eso.

Phatsa agarró otra almohada de inmediato, y esta vez Ai, que estaba de pie en un rincón, tuvo que contener una sonrisa.

Ver que incluso Ai se estaba divirtiendo hizo que Phatsa hiciera un puchero más marcado que nunca. Pero al final no arrojó la almohada; en su lugar, simplemente la abrazó con fuerza, como si la usara para preservar lo que le quedaba de dignidad.

—Está bien —dijo al fin, mitad rendido, mitad molesto—. Lo intentaré.

Algo en la mirada de Nakhun se suavizó, tan fugazmente que fue casi imposible de captar.

—Bien.

—Pero si es aburrido, renuncio.

—Ya veremos.

—Y si me haces trabajar demasiado, me quejo.

—Ya te quejas.

—¡Khun Nakhun!

—Digo la verdad.

Ai bajó la cabeza de inmediato apenas vio la expresión en el rostro de Phatsa, la expresión de un hombre a punto de usar una almohada como arma homicida. Nakhun, sin embargo, se mantuvo perfectamente calmado, como si no tuviera idea de que lo estaba provocando a propósito.

Y, sin embargo, a pesar de toda su irritación, Phatsa aún podía sentirlo con claridad en algún lugar profundo de su interior: su corazón estaba más ligero ahora que antes. Al menos ahora tenía a qué aferrarse. Algo que hacer. Un motivo para levantarse de la cama por las mañanas sin sentir que deambulaba sin rumbo por la casa de otra persona.

Así que dejó escapar un ligero suspiro y murmuró, más para sí mismo que para los demás

—Así que, al final, de verdad voy a trabajar para un prestamista mafioso...

Nakhun escuchó cada palabra, pero no discutió. Simplemente lo miró por un momento antes de decir:

—Empiezas mañana.

Phatsa levantó la cabeza de golpe.

—¡Eso es muy pronto!

—Dijiste que no querías quedarte sentado.

—¡No me refería a mañana por la mañana!

—Entonces, más tarde en la mañana.

Phatsa se quedó paralizado durante un segundo entero y parecía que iba a discutir de nuevo, pero al final lo único que pudo hacer fue dejarse caer de cara contra la almohada que tenía en los brazos.

Los dos hombres en la habitación lo observaron en silencio. Uno lo hizo casi sin ninguna expresión visible. El otro tuvo que morderse el labio para no reírse.

Y dentro de todo el cansancio, todas las discusiones, toda la indignación, Phatsa se descubrió a sí mismo silenciosamente consciente de algo.

Sin importar cuánto se quejara en voz alta... había empezado a querer saber.

Saber cómo se veía el mundo de Nakhun

Cómo se veía el mundo del desarrollo inmobiliario.

Cómo podría sentirse el mundo de un hombre que parecía llevar la autoridad consigo a dondequiera que fuera.

Y esa curiosidad, por muy molesta que fuera, ya era real.

